

1. Una carta

Un joven de diecisiete años, Paul Effinger, escribió una carta en 1878:

Venerados padres:

He recibido vuestra primera carta del 25 de los corrientes y me apresuro a responderla.

También aquí se nota la gran agitación que puede observarse en todas partes. Ahora trabajo en una fundición de hierro, y puedo decir que es un trabajo duro. Empezamos a las cinco de la mañana y paramos a las seis de la tarde, lo que hace once horas de trabajo. En muchas ocasiones no se para hasta las siete. Es espantoso para los obreros. A menudo viven lejos, y no descansarían más de cinco horas si volvieran a casa. Así que tienden un lecho en las salas de la fábrica y se acuestan allí, sin separación de sexos, en la mezcolanza más repugnante. De hecho, aquí el trabajador no es más que un mendigo con condiciones un poco mejores. Pienso mucho acerca de estas cosas. Por las tardes intento avanzar en mi formación técnica. También acudo a clases de Comercio dos veces por semana y estudio francés.

Pero pasemos a lo más importante, lo que sin duda os alegrará, mis muy venerados padres. El domingo mi respetado

jefe me invitó a comer. Estaban invitados todos los que habían terminado su formación. Fue muy hermoso. Había vino, y me senté junto a la señora de la casa, lo que me parece un honor casi demasiado grande. También tienen una hija, pero no presta atención a los jóvenes. Tan solo habló con un teniente. Aquí adoran a los tenientes como a dioses. El señor Rawerk os manda saludos.

Os interesará saber que el emperador y Bismarck pasaron por aquí con ocasión de las maniobras imperiales. El señor Rawerk y todos nosotros queríamos tributar nuestra ovación al venerable emperador y al gran Bismarck, pero ¿cómo hacerlo? Entonces, a nuestro jefe de taller se le ocurrió una idea genial. Y la pusimos en práctica. Cuando pasó el tren especial una gran parte de los trabajadores se congregaron en los pilares de ladrillo de la verja de la fábrica, cada uno con un montón de carbón en las manos, lo que se llaman briquetas, y adoptaron una postura lo más monumental posible, a menudo incluso pictórica. La imagen era en extremo original, y sin duda muy característica de la Renania industrial. El emperador Guillermo saludó varias veces desde el tren.

Ya veis que vivo en medio del gran mundo. Pero el domingo estuve en Sankt Goar. Fui en el vapor del Rin. Estaba muy lleno y la gente iba muy relajada. Para que no me creáis muy frívolo, tengo que deciros que es el primer viaje que hago por el Rin en tres años, y que ahorro cada céntimo de mi salario.

Que os vaya muy bien, saludad a todos mis hermanos y recibid los más cariñosos saludos de vuestro hijo, que os respeta profundamente,

PAUL

El joven, un hombre pequeño, insignificante, de cabello castaño claro, cogió la salvadera con movimientos rápidos y eficaces y secó lo que había escrito. Luego escribió con enérgica caligrafía de comerciante: «Sr. Mathias Effinger, relojero, Kragshheim», cogió un sello y llevó la carta al correo.

2. Kragshheim

Kragshheim estaba formada por tres estratos. Orientada hacia la ladera de la montaña se encontraba la ciudad vieja, un entramado de casas con las calles ligeramente escoradas al sur, floración de tilos, lilas y lluvia de oro, callejones, farolas colgadas de las paredes y fachadas con vigas de madera exentas. Aquí estaban las tiendas y el mercado, en porches protegidos de la lluvia y del calor del sol. Allá los artesanos, el herrero junto a la puerta de la ciudad, los zapateros y sastres en sus talleres, allá Mathias Effinger, el relojero. Las casas ostentaban nombres antiguos, se llamaban «Llave azul», «Corona de oro», «Lilas blancas». Por encima de todas se alzaban las torres de St. Jacobi, amenaza y protección de la eternidad para el pequeño bullicio de casas picudas. La iglesia era blanca por dentro. La ciudad era protestante, había defendido valerosamente la libertad de los cristianos contra la liga católica y dado alojamiento a Gustavo Adolfo. Cuando empezó la guerra de los Treinta Años tenía treinta mil habitantes, y cuando terminó, tres mil de ellos salieron de sus casas temerosos, hambrientos, asilvestrados, y los cerdos corrían por las calles.

En el año 1878 la vieja muralla aún mantenía a gremios y burgueses dentro de sus angostos límites.

A la puerta de la ciudad, adornada con bolas y volutas, empezaba el segundo estrato. Iba del siglo XVI al XVIII, de los respetados concejales a los funcionarios a sueldo, del soldado al oficial. Entre

sencillas casas blancas, una ancha avenida de castaños llevaba hasta la ardiente explanada del enorme palacio, su objetivo. Allí se recibía antaño a las princesas, desde allí salía de caza el señor con sus amigas en carrozas de ocho caballos, con los pajes subidos en el estribo, los lacayos montados con sus pelucas blancas, fracs de seda celeste y libreas rosas hasta las rodillas. El súbdito doblaba la cerviz, soportaba los impuestos y los acuartelamientos, admiraba el esplendor del palacio, que nunca había sido pagado por entero. Finalmente, las guerras napoleónicas habían hecho trizas las facturas de los artesanos. Ahora al palacio entraban desconocidos, veían el parque, los juegos de agua, el teatro natural, las ruinas artificiales, la casa de té en forma de abanico, roja con ornamentos marrón claro. En el palacio residía el príncipe. Ocupaba unas habitaciones sencillas, pero en los días grandes, cuando el emperador venía desde Berlín, en la galería de espejos, la habitación de porcelana, la salita azul y la amarilla volvían a encenderse las arañas de cien velas para alumbrar el brillo legendario de un mundo desaparecido de damasco amaranto, desvaídos marcos de plata y estuco pegado como espuma al techo.

Detrás del palacio empezaba el tercer estrato. Río, pradera, carretera y pueblo, montañas y bosques, aromas y rumor de manantiales. Desde las montañas se veía la ciudad de fachadas rojas, detrás de su puerta rococó. Crecía el trigo, fértil tierra del sur de Alemania. En el puentecillo se alzaba una estatua de San Cristóbal, y en los campos ondeantes, el crucificado. Ya en el pueblo siguiente sonaba el avemaría. Ya en el pueblo siguiente se mantenía la antigua fe, el catolicismo.

Los húsares cruzaron la puerta con las bolas y volutas. Húsares azules con cordonadura blanca y gallardetes prendidos de las lanzas. La gente salía a las ventanas. Detrás de los húsares venía el coche con el correo. El postillón cantaba «Tengo que ir a la ciudad». El cartero, ataviado con un frac rococó color amarillo, llamó a la puerta del Ojo de Dios, una casa de fachada escalonada con vigas exentas que por delante tenía tres plantas, la más alta de las cuales daba por detrás al jardín y al huerto. Abajo estaba la relojería.

La campanilla resonó argentina por toda la casa. Effinger se quitó la lupa del ojo. Llevaba una kipá de terciopelo negro con bordados en rojo y lucía una barba imperial de color castaño como las de Guillermo I y el emperador Francisco José de Austria, a cuya generación pertenecía.

—Buenos días —dijo el postillón—. ¡Mucho correo, señor Effinger!

—Puras cartas de amor.

—Eso creo yo también.

—¿Hay que pagar algo?

—No.

—Sois gente barata.

—No todos. Quedad con Dios.

—Id con Dios.

Se puso cómodo para leer. Había una confirmación del banco Hermanos Effinger de Mannheim, sus hermanos, de doscientos florines de dinero ahorrado que Effinger les había enviado: «Le comunicamos que hemos abonado doscientos florines en su cuenta».

Una carta de palacio: debía ir a echar un vistazo a los relojes. El gallo de la torre del reloj, que siempre había cantado las horas, ya no las cantaba.

En la sala reinaba un tictac como de un regimiento de pájaros carpinteros. Sonaba en confusión. Estaban colgados de la pared y apoyados en ella: blancos relojes de porcelana con la esfera encastada, bellamente pintados con dorados y florecillas, la catedral de Colonia en alabastro bajo una campana de cristal, un reloj de París, una pastora en bronce sobredorado que tocaba las horas con un cayado en una campanilla, muchos relojes de bolsillo, gruesos para los campesinos, finos y planos para los caballeros de la corte, los señores oficiales y los caballeros del Gobierno, y pequeños relojes de señora colgando de cadenas.

Eran las ocho de la mañana. Los relojes sonaron alegres, la torre del reloj se mezcló, profunda y sorda, con ellos. Nunca tocaban todos a la vez. Era imposible.

Effinger se detuvo un instante, luego abrió otro sobre. La ofer-

ta de un mayorista de relojes: «Dado que actualmente las casas se decoran al gusto antiguo alemán, le ofrezco un regulador en forma de casa del Renacimiento alemán. Puede colgarse junto a cualquier mueble de una moderna decoración en puro estilo antiguo alemán». A Effinger le irritó la oferta, murmuró: «Menuda baratija será», cogió la correspondencia privada y recorrió el amplio pasillo blanco, en el que había un gigantesco armario marrón, rumbo al salón del primer piso, donde la señora Effinger estaba sentada en un rincón removiendo una masa de hojaldre.

—Una carta de Paul.

Minna Effinger, una mujer alta, huesuda, se secó las manos en el delantal y leyó la carta.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Pero Mathias se limitó a decir:

—Hay una carta de Heidelberg.

—Seguramente de Amalie.

Queridos míos:

Perdonad que venga con mi ofrecimiento precisamente hoy. Hasta donde sé, vuestra Helene ha entrado en edad de merecer, y como seguro que os preocupáis de vuestros muchos hijos, quiero proponeros un buen matrimonio. El joven, Julius Mainzer, tiene veintisiete años, está sano y es de buena familia. Tiene una tienda en Neckargründen y es un comerciante capaz. Necesitaría una dote de unos miles de marcos. Le he dicho que Helene es una persona igual de competente, una buena trabajadora y ama de casa. Está muy de acuerdo, suponiendo que le guste y él a ella. Porque tiene que ser así. Os propongo que os paséis por aquí el sábado próximo. Él está a un paso de aquí. Si os gusta, Helene pronto podría hacer una visita.

—¿Qué opinas? —preguntó la señora Effinger—. Me habría gustado que la niña se quedara un poco más en casa. Nunca se sabe...

—Nunca es demasiado pronto para casarse —dijo Effinger—. El sábado bajaremos al Neckar.

—Que Dios nos bendiga —dijo la señora Effinger.

—Amén —dijo Effinger.

Cerró la puerta tras de sí, bajó, se colocó la lupa en el ojo y examinó las ruedecillas. Cuando la puerta se cerró, la señora Effinger supo que dentro de seis meses Helene estaría detrás del mostrador de la tienda de Neckargründen. El padre no permitía que las chicas cursaran estudios superiores. «Los hijos de artesano son hijos de artesano», decía.

Benno, su hijo mayor, estaba en Inglaterra, trabajaba en una fábrica de tejidos de Manchester. Karl era aprendiz en un banco de Berlín. Paul estaba en Renania. Willy estudiaba con su padre para ser relojero. Cuatro hijos inteligentes. Se secó las lágrimas. Helene iría a casarse a Neckargründen. Quedaba la pequeña Bertha. La señora Effinger se sentó en el rincón y revolvió la masa, a veces el manajo de llaves tintineaba en su cintura.

3. Londres

En 1883 Paul Effinger estaba con su hermano Benno en el Puente de Londres.

—Estoy convencido —dijo— de que algún día Alemania podrá exportar y ganar tanto como Inglaterra. ¡Si yo tuviera un poco más de capital!

Benno parecía inglés, llevaba un ancho traje de áspera tela, se hacía llamar Ben y hablaba con un poco de acento británico. Había ido deprisa.

—*Come along* —dijo—, olvídate de la marina mercante inglesa. Vamos a tomar el *lunch*. Te lo vuelvo a decir: ¡quédate en Londres! ¡Inglaterra es Inglaterra! En Alemania todo es angosto. Inglaterra es el mundo. Aquí se progresa.

—Ya —dijo Paul—, siempre te hemos llamado el señor Lord.

Ben se echó a reír:

—Y tú siempre decías: «Necesito dinero».

—¿En serio decía eso?

Los dos hermanos tomaban pastel de carne, al que añadían salsas picantes.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Ben.

—Pienso que Inglaterra es un país extraño.

Benno alzó la vista, sin entenderlo:

—¿Tú crees?

Paul dijo:

—Estoy convencido de que el futuro está en los motores de gas, pero se necesita mucho dinero para aventurarse en un territorio tan inexplorado. Empezaré por los tornillos.

—¿Cuánto dinero tienes?

—Cinco mil.

—Pero cinco mil libras es bastante dinero. ¿Tan bien te han salido tus operaciones?

—¿Cómo que cinco mil libras? No, qué dices, cinco mil libras no, cinco mil marcos.

—Eso no es nada.

—Con mi salario de ciento veinte chelines, es un montón. Quizá los hermanos Effinger de Mannheim me ayuden.

—¿Estás pensando en un crédito?

—Sí.

—Ni lo sueñes —rio Ben.

—Seguramente tienes razón, por qué iban a darme un crédito.

—Inténtalo en América —dijo Benno.

—A América van los defraudadores y los timadores. A mí no me hace falta desaparecer.

—América —dijo Benno— es el país de las posibilidades ilimitadas. Allí no solamente hay canallas. Solo quiero convencerte de que sigas en el mundo. ¿Qué se te ha perdido en Alemania?

—No te entiendo. Alemania es nuestra patria.

Benno se reclinó y dijo, con amargura:

—¡Un país en el que un comerciante es un despreciado mercachifle, bueno para pagar impuestos, al que el último de los tenientes, el más viejo de los profesores universitarios, por no hablar del gran comercio y de la industria, puede escupir a la cara! Aquí eres libre. —E hizo un gesto amplio con el brazo derecho.

—Pareces un anuncio de la ley de *habeas corpus* —sonrió Paul.

—No lo subestimes —dijo Ben—, este país es tan grande que no conoce la mezquindad. No entiendo por qué quieres volver a Alemania.

—No quiero ser un hombre desarraigado, un extranjero. Primero quiero volver a Kragshheim, luego ya veré.

—Kragenheim —dijo Ben en tono sarcástico—, tienes extrañas nostalgias. En lo más alto, el duque, luego nada, luego el señor mayor y el señor primer teniente y el señor teniente, y luego otra vez nada durante largo trecho, y entonces el señor alcalde y los señores concejales, y ahí termina el mundo, y donde ya no hay nada viene la *misera plebs*, tenderos y artesanos. Tú quieres el romanticismo alemán, lilas y fachadas de vigas exentas y pasear a las puertas de la ciudad, y a la vez te dedicas a los motores de gas. Si no supiera de la mente despejada que tienes, te llamaría fantasioso; pero eres un soñador, y eso será un obstáculo en tu vida.

—Si la humanidad no hubiera soñado con botas de siete leguas, no existiría el ferrocarril. ¿Qué tiene eso que ver con que no quiera emigrar? ¿Quién emigra si no se ve forzado a hacerlo? No me lo tomes a mal, pero tú eres muy ambicioso, Benno, y piensas que tus grandes planes serán más fáciles de llevar a la práctica en Inglaterra, pero lo normal no es eso.

—¿Tienes algo en mi contra?

—Sí.

—¿Piensas que me pongo las cosas demasiado fáciles?

—Sí, huyes de nuestra patria, de nuestros padres, de nosotros. Corres el riesgo de convertirte en un *sujet mixte*, como Bismarck llamó a Ludwig Bamberger en el Reichstag.

—Quiero salir del cascarón de Kragenheim. No soy sentimental. Inglaterra es tan grande que no necesita oprimir a nadie. En París y en Londres se puede vivir, pero ¡en Alemania, y no digamos en Prusia! No obstante, cada cual tiene que saber qué hace.

—Somos gente pequeña —dijo Paul—, uno no debe pretender alcanzar otros círculos.

Benno se burló:

—¡Quédate en casa y aliméntate bien!

Paul no respondió, hurgó en el pastel.

—A mí también me gusta la relojería —dijo Benno—, cuando el tictac resuena por toda la casa. Y cuando huele a bizcocho.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos a policías y ladrones en el bosque, en verano? ¿Y de las fresas silvestres, las frambuesas y las grosellas?

—Claro que me acuerdo —dijo Benno, y llamó al camarero.

Estaban frente al Banco de Inglaterra. Estaban en el centro del mundo. El Banco de Inglaterra, blancas columnas griegas. El templo. La diosa que acampaba en la oscura cella era la vara de medir del mundo; allí acampaba el oro, allí acampaba la libra esterlina. Pasara lo que pasase en el mundo, la libra estaba tan segura como el templo de Londres, segura como el Banco de Inglaterra. A los dos jóvenes alemanes del sur les llegaba un soplo del gran mundo. Las mercancías iban, las mercancías venían, se volvían más caras, más baratas. Todo lo que crecía en la tierra, todo el trabajo de la tierra se convertía en mercancía valorable en libras. Ellos, los comerciantes, la llevaban por el mundo en barcos, en trenes, en vagones cargados hasta los topes, la distribuían por los almacenes de Hamburgo, de Amberes, de Nizhni Nóvgorod, de Róterdam, de Marsella, de Londres, la distribuían por las tiendas diminutas de las ciudades campesinas de Estados Unidos, por las tiendas diminutas del humeante Lancashire, por las tiendas diminutas de Colmar, de Vilna, de Sens.

Del Banco de Inglaterra salían caballeros con chistera. Ben veía el futuro.

—Los amos del mundo —dijo Paul.

—Se puede ser uno de ellos.

—Como personaje ridículo.

—Hay que saber sacudirse la relojería —dijo irritado Ben.

—¿Por qué? Hay que saber de dónde se viene.

—Me voy al club. Hazme saber cuándo te marchas.

Ben se fue, alto y distinguido, un joven inglés vestido de áspero *tweed*, con muchos dijes en la cadena del reloj.

En su apartamento Paul anotó sus gastos, hojeó la guía de trenes, hizo el equipaje. Un viejo bloc de notas cayó en sus manos. En la primera página había un bosquejo a lápiz de la posada más antigua de Alemania, la posada Riesen de Kragenheim, y una larga serie de números. Eran los números de las locomotoras que pasaban por Kragenheim. Y se preguntó si alguna vez volvería a ser tan feliz como entonces, cuando, de niño, tumbado boca abajo en el

suelo, miraba desde el bosque los trenes rápidos y anotaba los números de las locomotoras.

4. Un intento en Kragshheim

Era viernes por la tarde. Paul estaba sentado en el ventanal con su madre. Ella llevaba un ancho delantal azul con un peto sujeto por dos tirantes y amasaba una pasta de hojaldre.

—A Benno le va muy bien —dijo Paul.

—¿Sigue allí?

—Sigue allí.

—Se está abriendo camino. Tú eres demasiado modesto, Paul.

Las sonoras campanillas de la puerta tintinearón.

—Ahí está Willy —dijo la madre.

Willy entró, moviendo las caderas.

—¡Hola! ¡Oh, nuestro pequeño inglés! ¿Qué tal las libras? ¿Traes un saco lleno?

—Oh, Willy, no paras de hablar.

—Mis negocios florecen —dijo Willy, encendiendo un cigarrillo—. ¿Me das un café, madre?

—Claro, y bizcocho recién hecho.

—Probablemente piensas que nosotros, los paletos de provincias, no sabemos hacer nada. Pero voy a enseñarte de lo que somos capaces. A ver: ¿qué es esto?

—Una maleta.

—Pero ¡qué maleta! Fíjate. —Y abrió la maleta, en la que había relojes en un lecho de terciopelo rojo, como en un escaparate—. ¿Eh? ¿Qué opinas? ¡Es invento mío!

—¡Realmente magnífico! —dijo Paul.

—Vendo el triple desde que llevo la maleta de muestras. Uno entra, enseña la mercancía y no tiene más que preguntar: ¿relojes?

—¿Ya estás otra vez hablando de tu maleta? —dijo el viejo Effinger—. No quiero oír hablar más de esa maleta.

Entonces llegó la tripuda jarra con el café caliente y una fuente con bizcochitos espolvoreados con abundante azúcar de vainilla.

—Bizcochos a plena luz de un día laborable, ¿qué nuevas modas son estas?

—Es que tenemos visita.

—La maleta no acaba de gustarme, Willy. Antes la gente miraba el interior, ahora hay que presentarle bien el exterior.

—Es el signo de los tiempos —dijo Paul—. ¡Hay que avanzar con ellos!

—Soy demasiado viejo para eso. La gente sabe cómo son mis relojes, no necesito un terciopelo rojo para que los compren. Si eso lleva consigo que uno compre relojes a desconocidos, abre las puertas a toda clase de embustes.

—Bueno, bueno, padre —dijo Willy.

—Productos de fábrica, quizá.

La madre le ofreció el bizcocho.

—Mira, esto no te lo hará ningún panadero.

El sábado por la mañana Paul fue a hacer visitas. Sus primos le preguntaron cómo le iba. Dijo: «No muy bien», en parte porque no quería darles envidia, en parte porque le parecía cierto. Él venía de Londres, ellos estaban en Kragshheim.

—No se os ha perdido nada en el gran mundo —dijo.

Los tranquilizó. Estaban sentados, las mujeres con pesados vestidos de raso negro, alrededor de una mesa redonda. Tenían una copa de vino del sur delante de cada uno de ellos.

A las doce sonó el mediodía. Había una servilleta blanca encima del pan.

—Que aproveche —dijo el viejo Effinger, se lavó los dedos en el aguamanil de latón, los secó en el pañuelo bordado que colgaba

de la pared, retiró la servilleta que cubría el pan y bendijo la mesa.

— Amén — dijeron todos.

Había carne de ternera y verduras, una abundante comida. El padre le dijo a Paul:

— Aún no te has comido ese trocito de carne de ternera.

— Pero si acabo de tomármelo.

— Pero *este* trocito seguro que aún no.

Así eran sus bromas.

— Cuando más le está gustando a uno es cuando tiene que parar — dijo.

La criada recogió. Aún había berlinesas, gruesas y horneadas con mucha manteca de ganso. Cuando se lo hubieron terminado todo, el viejo Effinger se enderezó la kipá y bendijo la mesa.

— Amén — dijeron todos.

Era lunes. Willy salía de viaje a vender relojes. No volvía hasta el viernes por la tarde.

Paul fue a la ciudad. Llamó a la tienda de Weckerle, su compañero del colegio.

— Con Dios, Franz.

— Ah, con Dios, Paul. ¿Cómo estás? Qué bien que vuelves a dejarte ver. He oído decir que has estado muy lejos.

— Oh, no, en absoluto. ¿Y tú?

— Sigo aquí, en la tienda.

— ¿Cómo van los negocios?

— Mal, con estos tiempos. En Kragenheim no queda nadie.

— Yo creo que habría que atraer industria.

— Eso ha dicho también el alcalde. Pero el duque no quiere. La industria solo podría instalarse por el lado de palacio, y el duque no quiere.

— Ya. ¿Y todos los negocios van mal?... ¿Te has casado?

— No, estoy prometido con Lise Schnack.

— ¿La del panadero?

— Sí, la del panadero.

— Te felicito, qué chica tan guapa.

—Sí, es una chica guapa.

Con eso se acabó. Una mujer entró a comprar tela.

—Me voy —dijo Paul.

—Me ha alegrado mucho verte —dijo Franz, y le dio la mano.

Paul se fue al bosque. Hacía mucho calor, era primera hora de la tarde. El musgo estaba completamente seco. Por todas partes brincaban ranitas, los grillos canturreaban en voz baja. Paul extendió un pañuelo y se sentó en el tocón de un árbol. Abajo se extendía la ciudad de fachadas picudas, tejados rojos con muchas chimeneas, el blanco cubo del palacio, detrás el parque, delante, la ardiente explanada carente de árboles.

Paul deseaba quedarse en Kragshheim, tomarse su cerveza como su padre, seguir despreocupado en su pequeño entorno. Amaba el campo, los robles y los sembrados, casi con el amor sentimental del niño de ciudad. De todos los palacios rococó, el de Kragshheim tenía para él la porcelana más bonita, los más bellos juegos de agua y la más hermosa ruina gótica en el parque. Envidiaba a Franz, en su tienda de telas. Así quería vivir también él. Piadoso, creyente, humilde.

Con un hondo suspiro, cogió el libro que se había llevado y se embebió en *Las estafas bursátiles y la constitución de empresas en Berlín y Alemania*. Era un libro que lo hacía enfadarse a cada página. Pero le parecía que había que conocer la opinión del adversario.

Empezaba a refrescar y se fue a casa.

Bertha estaba supervisando el almacenamiento de la leña. La subían de la calle hasta el puntiagudo desván en grandes cestos redondos. La puerta tintineó. La madre miró abajo y gritó:

—¿Qué quieres?

—Hola —dijo Paul—, me marchó otra vez.

Se puso un cuello limpio, fue al ayuntamiento y se hizo anunciar al alcalde.

Lo recibió: era un hombre grueso, alto, con panza y larga barba gris, que se acarició para decir:

—Bueno, el señor Effinger, ¿ha vuelto usted a casa?

—Me gustaría incluso quedarme.

—¿En calidad de qué, si me permite preguntarlo?

—Quiero montar una fábrica de tornillos, señor alcalde. Fábrica es mucho decir, un taller más bien, y quiero preguntar cómo se gestionan el suelo y los impuestos.

—Creo, señor Effinger, que voy a tener que decepcionarlo. Naturalmente nos interesa la industria, somos gente moderna que sigue el paso al progreso, pero hay que considerarlo. Tiene razón en que todo el mundo emigra, y no solo por falta de trabajo. El tren a la gran ciudad es un gran peligro para nuestro pueblo. ¡La huida del campo! Ansia de disfrute y vida cortesana. ¡Qué se le va a hacer!

—Sin duda, señor alcalde, pero la única solución a eso es llevar la industria a las ciudades pequeñas y crear así un vínculo entre agricultura e industria.

—Sí, pero tenemos que considerar con atención qué ganamos en impuestos y en posibilidades de trabajo para la juventud, en pocas palabras: qué ventajas tenemos y qué perjuicios. Posiblemente tendríamos que ampliar la escuela y luego el hospital...

—Pero la ciudad está poco poblada —dijo Paul—, el gran palacio del conde Wittrich se puede conseguir por tres mil marcos. No es posible construirlo de nuevo ni por diez veces más.

—Sin duda que no. Pero también tenemos gastos ingentes, tiene que comprenderlo. Si quiere instalar la fábrica en los prados de Rödern, habrá que construir una carretera. El municipio ya tiene suficientes cargas. Y, además, Su Excelencia no lo ve con agrado. Su Excelencia solo pasa la mitad del año en Niza, en verano Su Excelencia reside aquí, y la gente de negocios, su padre tiene que saberlo, depende de palacio. Si en los prados de Rödern hay fábricas... en primer lugar, no se sabe qué anarquistas, qué clase de elementos acudirán, y en segundo lugar, con los vientos, el humo irá directamente hacia palacio...

—Se lo agradezco, señor alcalde. Me habría gustado asentarme aquí.

—¿Adónde irá?

—¡A Berlín!

—Bueno, todo tiene que ir a manos de esos prusianos. Nadie aguanta aquí.

Paul iba a replicar. Pero se limitó a decir:

—Gracias, señor alcalde.

—¡Que le vaya muy bien! —dijo el alcalde—. Salude a su señor padre.

Paul bajó por la gran escalera, agarrándose a la barandilla de primorosas rosas de forja.

Su madre y Bertha estaban sentadas en el césped, remendando ropa interior. Las lilas habían florecido. Oía a heno. Abajo corría el Meno.

Tenían delante una gran cesta, y la madre dijo:

—Todos los pañuelos están desgastados. Habría que tirarlos.

—Pero no lo hizo.

Con la misma aguja que había llevado consigo al matrimonio hacía treinta años, remendaba un pañuelo tras otro. Bertha cortaba trozos cuadrados de uno de ellos, los pegaba y luego los cosía cuidadosamente a otros.

—¿Qué te parece que Theres se haya prometido con el hijo del juez? Siempre ha sido una coqueta. Las chicas como ella salen adelante —dijo la madre, mirando a Bertha con amargura.

—Siempre se tira al cuello de los hombres —dijo Bertha. Y siguió recortando cuadrados de los pañuelos. Pensaba: Theres siempre se arregla. Solo las chicas malas se arreglan. Su madre era igual de inflexible. Arreglarse para el marido, incluso quitarse el delantal cuando llegaba a casa, le parecía una indignidad. Bertha se avergonzaba cuando se hacía la simpática.

—Theres tiene un vestido de seda, cuando sale a la calle se oye el susurro —le dijo a la madre.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Y aplicó el recuadro.

—¡Espantoso! ¡Eso es lo que pasa cuando una chica no tiene madre! Su madre se estará revolviendo en la tumba. Era una mujer tan discreta.

—Pero ahora tiene al hijo del juez —dijo Bertha.

Poco a poco empezaba a refrescar y a oscurecer. Paul estaba

sentado al viejo secreter y escribía cartas. Su madre encendió la lámpara de petróleo y puso la mesa.

—Para Helene tampoco es fácil —dijo—. Tres niños pequeños, y está esperando el próximo. Sin duda Julius se esfuerza, pero no creo que puedan ahorrar nada. Y sabemos tan poco de Ben. Ahora comete faltas en las cartas, como si ya no supiera alemán. Escribe acerca de una tal señorita Mary. ¿Quién es? ¿Conoces a esa gente?

—No, pero debe de ser gente próspera, gente rica. En una ocasión me invitaron un domingo a jugar al croquet, pero no fui.

—¿Por qué no? —preguntó la madre.

—¿Qué se me había perdido allí? Todos juegan muy bien al croquet, ¿para qué querían otro joven más? ¿Qué es uno? Un provinciano y además un pequeño empleado.

—Pero Benno se trata con ellos.

—Bueno, Benno.

—A menudo de un carro de oro cae una brizna de oro —dijo la madre—. Karl también está más hecho para el mundo que tú. Se encuentra muy bien en Berlín.

Vino la criada. Llevaba zuecos de madera, sayas cortas y un gran mandil azul.

—Pa la cerveza, señora.

La señora Effinger echó mano al bolsillo, sacó unos céntimos.

—¿Y pa el joven señor?

—¿Quieres?

—Un cuartillo.

—Un medio y un cuarto. Mace falta más dinero.

La señora Effinger echó mano al bolsillo y sacó unos céntimos más.

—Rubia —dijeron los dos.

—¿Te acuerdas del prisionero de guerra francés que tuvimos aquí en el año 70-71? —preguntó la madre.

—Sí, claro, me dejabais ir a pasear con él.

—Sí, sus padres vinieron a visitarlo, ¿sabes? Y ahora han escrito que su padre va a enviar un reloj de bolsillo. Un reloj de oro, liso, con tan solo un gran monograma.

El sol se hundía en el Rin.

Effinger cerró la tienda, rezó la oración de la tarde. Así, de la oración de la mañana a la de la tarde, se redondeaba el día. Se lavó las manos en el aguamanil de latón, se las secó en la toalla bordada, retiró la servilleta que cubría el pan y bendijo la mesa.

—Amén —dijeron todos.

La criada trajo la cerveza en jarras. Entró sin llamar, dijo: «Que aproveche» y desapareció. Bertha la siguió; llevaba un gran asado de ternera con mucha salsa, *knödel* y una fuente de ensalada.

—Hoy en el Schwarze Schaf —dijo Effinger— he dejado ganar a Hinterederer, no ha dicho nada de su reloj, así es la gente.

—¿Qué pasa con el reloj?

—Ya no le gusta... Schöppenbeck me ha contado que hoy has ido a ver al alcalde. Se tiene uno que enterar por extraños.

—No es importante. Pensaba que quizá podría establecerme aquí.

—¿Por qué? —preguntó el padre.

—Bueno, pensaba que aquí uno se maneja.

—Es mejor ir a una gran ciudad, aquí no se puede llegar a nada.

—Me voy a Berlín la semana que viene.

—¿Ya? —dijo la madre.

—Tiene toda la razón —dijo el padre—. Ha visto lo que hay. Sabe que está sano. ¿Qué sentido tiene venir de visita? Ahora tiene que hacer por progresar.

—Pero ¡allá arriba! —dijo la madre, como si Berlín estuviera en Siberia—. ¿Estás bien equipado, necesitas más camisas?

—No, he traído de Londres más que suficientes.

—Bueno, de Londres —dijo la madre en tono de admiración.

Effinger bendijo la mesa.

—Amén —dijeron todos.

Luego se fue a la taberna Gläsernen Himmel.

Effinger iba todas las noches a una taberna distinta, al Gläsernen Himmel, al Schwarze Schaf, al Goldene Rad, al Riesen, al Silberne Maulesel, a tomar una cerveza, jugar al tarock y fumar un Virginia. Todos los hombres de Kragenheim lo hacían. Las mujeres se quedaban en casa.

Los domingos iban todos al parque del palacio. Allí tomaban café bajo una columnata blanca. Las familias se saludaban, o no.

Bertha recogió. La madre se quedó mirándola.

—Para una muchacha como ella es difícil encontrar un marido cuando solo se tiene una dote de veinte mil florines.

Cogió su cuaderno de gastos y anotó: «Cerveza, doce céntimos; un kilo de carne de ternera, cien céntimos».

—¿Sabes —le dijo a Paul, que leía un libro sentado a su lado— que la ternera está a cincuenta céntimos el medio kilo? El año pasado —había sido un verano de un calor terrible, y no se debe desear una cosa así, aunque tenga la ventaja de que los campesinos hayan de matar el ganado— solo costaba treinta y ocho céntimos.

Siguió anotando: «Tela blanca para zurcir, catorce céntimos».

Luego recogió la tienda junto con Bertha.

5. Viaje a Berlín

Paul se fue a Berlín. Veinte horas de viaje. Iba con el corazón en un puño. Ya no era como diez años antes. Sí, pensó, 1872, aquellos sí que eran buenos tiempos. Vacas gordas. Los salarios altos, los jornales altos, los dividendos abundantes. Se podía ganar rápidamente una fortuna y convertirse en un hombre rico.

Frente a él se sentaba un caballero atildado de barba cerrada, redonda, de color castaño claro.

—Mire —dijo—, las caleras tampoco trabajan ya.

—Malos tiempos —dijo Paul.

—Ya no es como hace diez años —dijo el barbado caballero.

—Vacas gordas —dijo Paul, y asintió con la cabeza.

—Sí, salarios altos, jornales altos, dividendos abundantes. Ahora son a cuál más bajo. Se devoran mutuamente. La gente pensaba que las vacas gordas no se iban a terminar nunca, ampliaron sus fábricas a precios de locura y ahora, desde el crac de Viena, todo se ha acabado. Precios con los que nadie gana. Los salarios han bajado más que nunca, ya no pueden bajar más. Por lo menos la fábrica no debe detenerse. Es mejor trabajar con pérdidas que tirar todo el capital invertido a la chimenea. ¿Sabe, joven?, se lo digo a todos los muchachos: vuelve a ser la hora del ahorro. Vuelve a ser la hora del ahorro.

—Sí —dijo Paul—. En Alemania todo el mundo se ha vuelto arrogante. ¡Cuando pienso en las oficinas de la City de Londres!

Allí son conservadores, y saben que también se pueden hacer negocios en una silla de madera. En Alemania todos los asientos tienen que estar acolchados.

—¡Qué hermoso —dijo el mayor— es escuchar aún tales opiniones! A veces la juventud me desespera. Todo se debe a eso que llaman el moderno espíritu de empresa. Nosotros, los viejos fabricantes de máquinas de Berlín, no queríamos más que construir máquinas decentes, atender de manera individualizada a cada cliente. No pensábamos en el beneficio. Ahora los empresarios lo llaman rendimiento.

—¿Cómo? —preguntó Paul.

—No, no hacíamos cálculos. Construíamos nuestras máquinas y las vendíamos y estábamos orgullosos de haber servido a la humanidad. Ahora oigo que en América ya no trabajan por encargo, sino que venden máquinas de vapor por listas de precios, como si una máquina de vapor fuera una vara de algodón, cuando una máquina de vapor es un producto especial e individual, un orgullo de la casa.

—¿Por qué? —dijo Paul.

El hombre mayor se reclinó. ¿Por qué?, preguntaba esa persona.

—¿Por qué? Porque cada máquina de vapor es un producto especial. ¿Es usted ingeniero?

—No —dijo Paul.

—Bueno, menos mal. Porque ahora los señores ingenieros creen que pueden reemplazar a los prácticos. ¡La práctica lo es todo! Se necesita experiencia de taller. La teoría es gris y el dorado árbol de la vida es verde. Mire, nosotros somos artesanos y científicos a un tiempo, nosotros, los viejos fabricantes de máquinas de Berlín. No somos empresarios. ¿Usted quiere ser empresario?

—Soy comerciante —dijo Paul.

—Me lo imaginé cuando dijo antes que le sorprendía que no hiciéramos cálculos.

—¿Y cómo calculan ustedes el precio de las máquinas?

—Eso es aproximado, y ganamos un buen dinero. ¿Con qué piensa usted empezar, joven?

—Con tornillos. Pero la verdad es que esta decadencia de los

negocios le asusta a uno. Hay sobreproducción en todos y cada uno de ellos.

—¿Quiere hacerlo de manera mecánica? ¿Siendo un comerciante?

—Sí. Al por mayor. He visto una máquina de tornillería en Londres que hace tres mil tornillos en una hora. ¡Si pudiera implantar eso aquí!

—Pero ¡qué ideas tan grotescas, joven! ¿Adónde piensa ir con todos esos tornillos? ¿Es que pretende atornillar todo? No, no, un simple torno y trabajo manual, es mucho más razonable. Es más barato que el trabajo de esas máquinas tan caras. ¿Adónde va con esas máquinas tan caras? No pueden competir con el barato trabajo manual.

—¿Usted cree? —dijo Paul. Quería fabricar masivamente tornillos de precisión, pero quizá fuera un error.

—¿Quiere que comamos en Gera? Allí hay cambio de locomotora. Me gustaría ser el dueño del local de la estación. Es una mina de oro. Por otra parte, no le he dicho mi nombre: Schlemmer. Schlemmer, de Berlín.

—Effinger.

—¿Effinger? —dijo Schlemmer—. ¿De la banca de Mannheim?

—Pariante —dijo Paul.

Bajaron en Gera. Schlemmer pidió un asado de ganso.

—Un buen ganso asado es un don de Dios. Es una frase berlinesa, ¿sabe?, ganso y ensalada de pepinillos, una cerveza con un chorro de frambuesa y los domingos a Treptow. Berlín es hermoso, Berlín es grande. Soy el propietario de C. L. Schlemmer, fábrica de máquinas. Le ayudaré gustoso, de palabra y obra. No es fácil establecerse. ¡Tiene usted que pasar todas las enfermedades de la infancia! Venga a verme. Venga a ver mi fábrica.

Paul miraba por la ventanilla. Al principio no era muy distinto de la comarca de Kragshiem. Pero pasado Jena, cambiaba. Empezaba una tierra inhabitada, arena, arena, un poquito de hierba, pinos. Otra vez arena, otra vez pinos, altos troncos con unas cuantas ramas en lo alto.

—Es una pregunta tonta —dijo Paul—, pero ¿es posible que vaya a aparecer una gran ciudad?

—Sí —rio atronador Schlemmer—. El Berlín prusiano, naturalmente, y le sorprenderá qué clase de ciudad. Calles anchas y edificios altos, vaya, grandioso, y teatro y varietés, y también vida nocturna para un joven como usted. Vaya, grandioso.

—¿De veras? —dijo Paul

Allí también crecía el grano, pero ¡era tan pobre, tan mísero, qué huecos entre los tallos verdes! En Alemania del sur siempre pasaba algo. Se levantaba la cruz de mayo. Se consagraba una iglesia o era el Corpus o la feria de ganado. Ondeaban banderas, gente con escarapelas paseaba por la ciudad. Había movimiento, vida. La campana de la tarde dejaba oír su sonido sobre los campos exuberantes y un día pleno se hundía en el silencio.

Paul miraba el paisaje y su corazón agobiado se agobiaba aún más. Se le ocurrió pensar en un sueño de la última noche que había pasado en Londres, cuando había entrado en Kragenheim en coche de caballos por la ancha avenida de palacio, con sus florecientes castaños, con dos fogosos corceles, de abundantes crines y jaeces plateados, que cabeceaban. Habría que trabajar allí, en aquella tierra plana, para poder sentarse lo más pronto posible, cuanto antes, a tomar una cerveza en el Gläserne Himmel de Kragenheim.